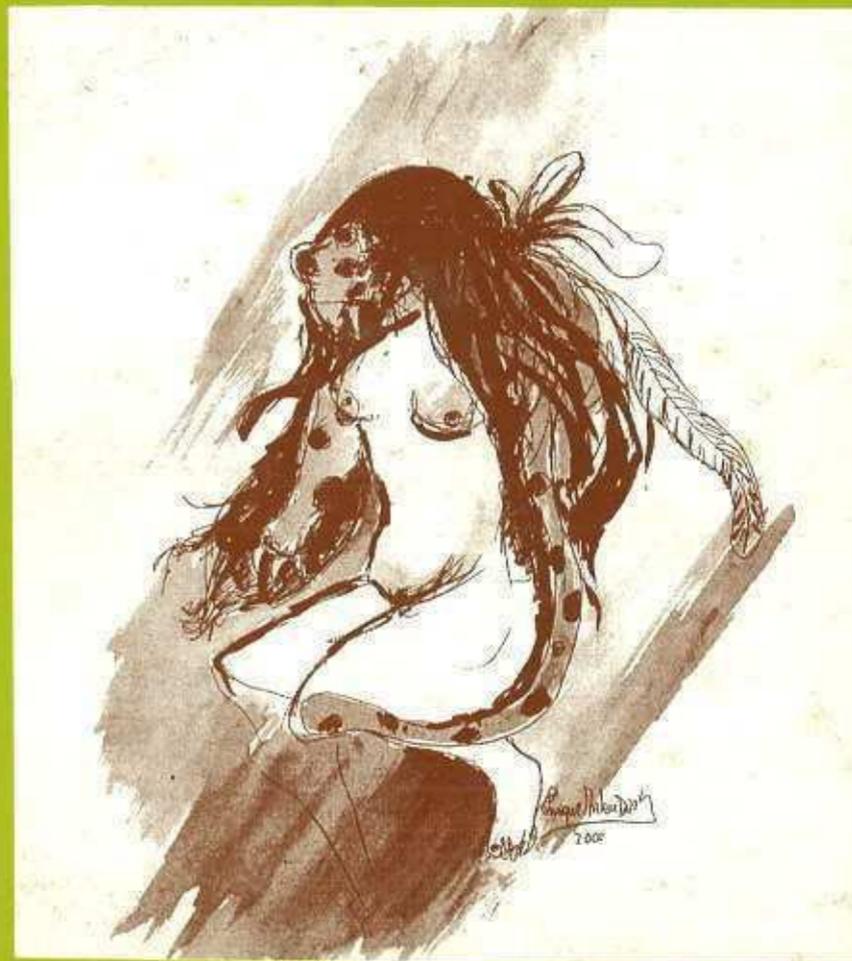


EL SIGUIENTE MATERIAL TIENE
DERECHOS DE AUTOR
POR LO QUE SE SUGIERE QUE EL
MISMO NO SEA REPRODUCIDO NI
USADO CON FINES DE LUCRO,
UNICAMENTE PARA FINES
EDUCATIVOS Y DE INVESTIGACION



Tradiciones de Guatemala

Centro de Estudios Folklóricos



Universidad de San Carlos de Guatemala 54-2000



MORIR TRES DÍAS

Una manera maya chorti' de conocer cómo es el "estilo de Dios" y el estilo de los hombres

Julián López García

Una preocupación central en los hombres parece ser la de confirmar que yo, nosotros, nuestras relaciones y las relaciones que mantenemos con la naturaleza se conducen y son como deben conducirse y ser, confirmar que no hay desorientaciones, confirmar que aún cambiando la dirección, se sigue el rumbo correcto. A uno de los ámbitos donde se producen las confirmaciones, al mundo de los muertos, van con cierta asiduidad, para regresar al poco tiempo, algunos indígenas mayas-chorti' del oriente de Guatemala. De esos viajes al mundo de los muertos y de los correlatos sociales que implican trata este artículo.

Casi sin proponérmelo, pues en realidad era otro el asunto de mi trabajo en la región maya-chorti' del oriente de Guatemala, lo cierto es que llegué a recopilar hasta once relatos de "difuntos" que cuentan su visita al mundo (más bien los posibles mundos) donde van los muertos. La mayoría de ellos narrados por los propios muertos-resucitados y acaecidos en un pasado no muy lejano, lo que da idea de la contemporaneidad de éstas.

Los mayas-chorti' se refieren a estos viajes como visitas a la Gloria. Un lugar donde viven Dios, los Hombres Trabajadores -los ángeles- y los santos que comparten estancia con las "almitas buenas", aquellas que tras la muerte "ganan" la gloria, tienen allí su aposento. En realidad aunque se dice que es una visita a la Gloria, se trata de un viaje más amplio, es un viaje en el que se conoce además el mundo que habitarán las almas malas, las de los hombres que no han ganado la Gloria y que muchos, por influencia del catolicismo, llaman el Infierno.

Se trata, como he indicado, de un viaje hacia lo que hay tras la muerte y, por tanto precisa que quien lo hace "muera". Pero, evidentemente, si se conocen esos viajes es porque de ida y vuelta: el muerto resucita generalmente, se dice a los tres días.

Todos los relatos siguen un esquema más o menos parecido: en primer lugar se cuenta cómo la persona, generalmente enferma y postrada en el lecho, deja de respirar y muere. El difunto, su alma, sale del cuerpo y ve cómo los familiares y allegados se lamentan y lloran. Se inicia el viaje siguiendo una senda por la que caminan otras almas, desorientadas y con incertidumbre, esperando que les señalen cuál es su destino, dónde está su definitivo aposento, su "traspato". En fila, estas almas van llegando a un lugar donde hay una reina o un "puertero" personificado como San Pedro de Gloria o San Antonio Mandarin, que va separando a las almas buenas de las almas malas: unos entran en la Gloria y otros "van para abajo". Cuando le toca el turno al alma del protagonista del relato, es advertido por el "puertero" de que su día no ha llegado todavía, se le indica que está ahí sólo para observar "cómo es el estilo de Dios", aquello que le gusta y lo que le disgusta, cómo es la vida en la Gloria y cómo es la vida de los que no ganan la Gloria; él tiene licencia para observarlo todo y preguntar al "centinela" que lo va acompañando en la visita. El muerto, en efecto, divisa la Gloria y también el lugar donde están las almas malas. Pasea, observa, pregunta al "centinela" y obtiene respuestas de éste. Tras su paseo se le invita a regresar conminándole a "noticiar", a pregonar en el mundo, a su vuelta, lo que ha visto. El muerto regresa a su cuerpo y revive.

Cuando el muerto ha revivido, todo su afán en el mundo es contarlo en unos relatos en los que se conjunta la observación del protagonista con las explicaciones que va dando el centinela a sus preguntas. Y ¿qué es lo que ven y cuentan estos muertos-resucitados? Cabe decir al respecto que los relatos no son coincidentes en todos sus extremos, incluso entre alguno de ellos hay diferencias tan destacadas que dan pie a entender cómo los universos morales cambian.

En primer lugar se describe el viaje hasta la puerta; se trata de un viaje difícil, por estrechas sendas, cruzando ríos por puentes o por cables, chocándose unas almas con otras en un barullo casi asfixiante. Desde la puerta ya se divisa la gloria y el mundo de abajo o Infierno. La gloria es descrita bien como lugar de lindos paisajes y jardines, con bonitas flores y olores fragantes, o bien como una ciudad en el ajetreo de una constante construcción para acoger nuevas almas: "...era un campo que no tenía fin, planada... Allí había también en ese lugar albañiles y carpinteros, levantando casas, haciendo mesas, haciendo puertas y mujeres moliendo, mujeres tejiendo, mujeres

allí haciendo ollas..." En el mundo de abajo destaca la presencia del fuego al que son arrojadas las almas malas tras ser digeridas por el diablo o la "sirpiente" que allí está.

Pero más que en los paisajes el interés y la atención del visitante se fija en los personajes que ve: reconoce a los que no son almas; en la gloria, a Cristo crucificado o San Pedro o San Antonio o Santiago; en el Infierno, al Diablo o a la "sirpiente". Pero sobre todo se sorprende por las poses y diferentes presencias de las almas que "van ganando el Infierno". Efectivamente, no se repara tanto en las almas buenas en la Gloria, pues parecen estar apenas indiferenciadas: viendo una se ven todas, en poses beatíficas, vestidas de blanco y haciendo distintas labores como en el mundo. En el Infierno, en cambio, las diferencias entre las almas que allí viven son muchas y el relato se extiende en ellas, reproduciéndose el diálogo que mantiene el visitante con el centinela que lo acompaña. Ante alguna de estas almas malas, el muerto pregunta ¿quién es ese, por qué está así? Y el centinela responde y explicita las razones de sus poses determinadas. Ahí están los "malobristas", los brujos y hechiceros, los mezquinos, los noveleros y chismosos, los matadores y los matados, los ladrones, los "mujereros", los maldicioneros o los "fiesteros", cada quien en diferente actitud que retrata la causa de su mala obra en el mundo. No todos aparecen en todos los relatos y no todos merecen la misma extensión explicativa por parte del centinela.

De esas galerías de tipos hay tres que a mi juicio merecen un análisis más detallado: el mezquino, el novelero y el "fiestero" (aquel a quien le gusta beber y bailar). Destaco los dos primeros tipos porque su presencia provoca las más asombradas preguntas y genera las más densas explicaciones por parte del centinela en todos los relatos, y respecto a ellos hay un destacado acuerdo sobre sus comportamientos. Destaco al "fiestero" porque es el personaje más controvertido en los relatos: para algunos es un tipo que vive y disfruta en la Gloria, para otros es un claro habitante del Infierno.

El mezquino, como digo, es uno de los tipos más característicos en las visitas al mundo de los muertos. Es un tipo, además, que aparece con un perfil similar en los relatos: está en el infierno con un *guacal*, un recipiente de calabaza, lleno de comida o bebida que ofrece a quienes pasan cerca pero cuando éstos miran el *guacal* se encuentran que éste está lleno de gusanos y lo desprecian. El visitante, ignorante de quién es ese tipo y por qué está en esa pose, inquiere al vigilante que lo acompaña que responde: "Esos son ruines, mezquinos... si tienen una cosa y no la quieren vender o no regalan a otra persona, ese en la otra vida ya no recibe nada porque es un gusanero lo que tiene; el mandarín no quiere tampoco que lo reciba uno. Una persona que tiene fresco de chicha y al llegar un paseante, pronto lo embroca, lo

esconde para no regalar, en la otra vida es un gusanero lo que tiene en el jarro, porque no hizo su regalia, como no convidaba en el mundo, aquí no tiene permiso... Por eso hay que hacer aquí en la tierra, hay que extender la mano, hay que regalar: si hay chilate, regalar un traguito de chilate a otra persona".

Otro de los personajes habitualmente repetidos es el del novelero. Novelero es aquel a quien le gusta inventar noticias, falsear la realidad o distorsionarla y no conforme con esto, pregonar esas falacias. El visitante en la Gloria siempre repara en este personaje: está completamente paralizado, sorprende que no sólo su cuerpo esté inmóvil sino también su rostro estático, con los ojos bien abiertos pero inmutables; sólo destaca en ese rostro una gran lengua que sale y se mueve como la de una serpiente ¿ese quién es?, pregunta al centinela; ese es el novelero, el chismoso, el mentiroso "que les gusta contar mentiras en contra de otros, ahí están, las grandes lenguas... platican ellos con la gran lengua afuera... esos son los noveleros, le hacen burla a otra gente, ahí están, esos son, ya ni parpadean, así nomás lo miran a uno..."

El tipo "fiestero" siempre aparece en los relatos y siempre con un perfil parecido: es una persona alegre que está tocando guitarra o violín o acordeón; a veces bailando, ya sean bailes de fiesta tradicionales o rancheras. Es frecuente, además, que este fiestero se vea consumiendo alcohol, tanto chicha como cerveza. Sin embargo el consenso se rompe sobre su ubicación: algunos lo ven en la Gloria y otros en el Infierno. Por ejemplo, Don Ricardo López, de la Aldea Tunucó Arriba comenta así la presencia de la fiesta y del "fiestero" en la gloria: "Allá tú estás contento, echás tu baile en la cantina y tenés una botella de vino, ya viene uno: ¿no quiere? O si sos bailador: ¿echás un baile, amigo?, como tenés tu amigo acá, tenés arriba... como cantina mirás aquí, más cantina hay allá, hay acordeones y hay violines, allí hay alegría, usted... allí están con su *guacalito*, un traguito, un traguito... ya están contentos... hay mujeral y hay personas grandes; está aquella cantina como mirás en Jocotán (la cabecera municipal de la región), allá estás contento, comprás una tu cerveza, vas cantando... así es en la Gloria".

A muy pocos kilómetros de Tunucó encontramos relatos completamente distintos acerca de la ubicación y valor del "fiestero": "Estuve tres días mortajado... vi que los chupadores (bebedores), los que son mujereros, esos van partidas... se van por la izquierda, por una calle como carretera bien cementada, cementado el camino. Entonces los que van para arriba, aquí a la derecha. Yo me admiro, que esas gentes van con sus botellas de vino, con sus cervezas, con sus guitarras (parece que los que tocan guitarra no es bueno, esos van para abajo, es para el diablo lá guitarra). Pedí que me dijeran el camino a mí. Uno que allá está me dijo así, hasta la puerta: aquí

está la centinela que va apartando la gente. El de buen corazón a la derecha, el que no, para abajo: van con sus botellas de vino, sus cervezas, chupando..."

Como decía al principio, en el fondo, con estas visitas los chortís esperan confirmaciones acerca de la bondad de las cosas que hacen. Así, podríamos decir que las "noticias" que generan los viajes aluden al tiempo que al estilo de Dios, al estilo de los hombres. Un estilo de los hombres que precisa ser cualificado y así ratificar la necesidad de no ser ruines y regalar comida, de no ser chismosos y usar las palabras convenientemente. Pero un estilo también voluble, tensionado, sin completo consenso y en busca de decantaciones sobre, por ejemplo, cuán debe ser el papel de la fiesta y el alcohol en la vida social.

Como cabría esperar, el hecho de que el mezquino sea un tipo que genera la máxima repulsión en el mundo de los muertos nos permite reconocer que la mezquindad y ruindad en la cultura chortí sean uno de los antivalores más claramente destacados. En efecto, para muchos chortís la ruindad de la gente, su falta de generosidad, es uno de los mayores defectos que alguien puede tener. Ser mezquino no sólo es un defecto personal sino también un peligro social.

La integración social en las comunidades chortís es precaria por varias razones. En primer lugar por la dispersión de las casas que se establecen aisladas o en pequeñas agrupaciones de dos o tres; en segundo lugar porque no hay lugares de obligado encuentro: no existe, por ejemplo, un único manantial donde aprovisionarse de agua sino que en todas las aldeas hay varios, no hay un centro ceremonial donde se acuda en común y sistemáticamente, no hay tierras comunales y ni siquiera se da un liderazgo compartido (el alcalde pedáneo o el comisionado militar no tienen el necesario consenso y otros posibles líderes, como catequistas, curanderos o coordinadores de proyectos, lo son sólo de parcialidades dentro de la comunidad). Si a ese tipo de configuración espacial, ceremonial y política, se añadiese la idea del individualismo como un bien social, al que sin duda puede conducir la mezquindad, se dificultaría enormemente la creación de una comunidad en todos los sentidos, pero principalmente en el sentido moral. Encontraríamos una condensación de ideología endogámica que, seguramente, imposibilitaría la existencia. Los peligros de la extrema atomización se solventan con prácticas culturales que generan una topografía reticular e integrada, una red de caminos imaginarios que conectan unas casas con otras, conocidas o desconocidas, y que permiten crear la idea de comunidad.

La red se gesta y se recrea continuamente a partir de acontecimientos de trascendencia social que vinculan a dos personas o dos familias, sobre todo las visitas

entre dos familias que proceden y siguen a un casamiento e, igualmente, las visitas previas y posteriores a la presentación ceremonial de un ahijado ante su compadre (*el recubal*). Todas esas trascendentales visitas, generalmente realizadas por intermediarios rituales (los "personeros"), implican envíos de comida; el "personero" que lleva un mensaje va cargado igualmente de comida. Lo realmente interesante a mi juicio es que el tipo de comida que se envía y la cantidad obligan al receptor a no ser mezquino y provoca que en vez de generar una relación diádica (por ejemplo la de la familia del novio con la familia de la novia) genere una vinculación amplia y, como he dicho, reticular. La estrategia es simple: ofrecer al que va a recibir mucha comida y con una característica especial, que sea comida rápidamente perecedera. En un *recubal*, por ejemplo, se regalan dos chumpes (pavos), que pueden pesar más de cinco kilos ya medio cocidos; tres grandes recipientes de atol que pueden sumar cincuenta o sesenta litros y un gran barco (recipiente de calabaza) de tortillas donde van más de doscientas. Evidentemente la familia del padrino que recibe ese regalo, no puede comer todo eso ni tampoco puede conservarlo. Al enviar los pavos medio cocidos se obliga a los compadres a tamalearlos rápidamente y a repartir tamales entre vecinos y conocidos porque sin no a los dos días se arruinaría la carne; el atol si no se consume en un día se agria en exceso y es incomedible y lo mismo sucede con la tortilla si no se consume en uno o dos días: se endurece y pierde su emotividad y valor. De tal manera que según el tipo de alimento que se entrega en esas celebraciones se evita tener tentaciones de ruindad. El correlato social es evidente: en una celebración como el *recubal* pueden comulgar en una comida, que aparentemente refrenda un vínculo diádico, más de cien personas. La tesis en que se pone al que la recibe (el futuro compadre) es clara: o reparte o se le pudre la comida, se llena de gusanos. Parece, pues, que en la figura del mezquino adquiere sentido el significado de la metáfora de la corrupción alimenticia: la comida que no se regala a otros, se pudre, como la sociedad que no hace "regalías" acaba desintegrándose en soledad. La figura igualmente repulsiva del novelero y chismoso permite también entender el cuestionamiento que se hace acerca del valor simbólico de las palabras.

Hemos hablado de la retícula moral que se crea con la circulación de comida, pero tan importante como ésta es la circulación de palabras y del mismo modo que es preciso usar un tipo de comidas que eviten tentaciones individualistas, es necesario emplear palabras igualmente pertinentes para conjuntar y agradar.

El perfil de la palabra pertinente se adivina ya en los rituales chortis previos al nacimiento de un niño. En ellos se pide que nazca "bien bonito y platicón", que no sea "vergüenzudo ni corajudo" y también que no nazca tímido ni tartamudo; se pide para que sea "buena sangre" como expresión clara de que hablará respetuosamente

a los mayores, será tranquilo y discreto en sus juicios. Un niño o en general una persona "mala sangre" es aquella pendenciera, caprichosa o irrespetuosa. La palabra justa y medida se relaciona con tener "buena sangre" mientras que el mal uso de la palabra por exceso (gritos "sin modo", chismes, burlas, insultos) o por defecto ("tartamudez o timidez) se conecta con la "mala sangre".

Si la palabra pertinente ayuda a crear esa comunidad moral, el chisme, la burla, el insulto (la palabra "pesada") anulan el efecto de conjunción; son, por el contrario, disyuntoras; provocan enfrentamientos y rupturas que en comunidades donde la integración es tan precaria no se deben consentir. Don Simeón usaba como metáfora explicativa el efecto de la sal en un plato para distinguir un tipo de palabras de otro y demostrar cómo unas logran pegar y otras despegan: "... hay mucha gente que dice está platicando que ni siquiera sal tienen sus palabras. Quiere decir pues que no le busca uno el lado como agradar al otro con sus palabras; eso dicen palabras desabridas, quiere decir que no tomó ni respeto nada. Una comida sin olor e sigual, es como comer sin sal. Una persona que tiene cuidado, esté, no ofende a ninguno con sus palabras, es una palabra agradable; ahora una palabra desabrida es que no se está hablando con agrado, que se está hablando pesado. Amable es el señor que platica en confianza, le da la confianza a uno, no es bravo. Si la persona platica con una su sonrisita así es claro que a la gente le entra, se acerca más, le da la confianza. Si la señora o el señor es puro militar, serio, no llega; los que lo oyen tal vez se alejan. Si la persona da la confianza seguro que los que están por allá se arriman a oír. Las personas que sí tienen su cualidad, dan la confianza con las palabras, las personas se apegan. Igual la comida; estuvo agradable, cuando estuvo sabrosa, estuvo buena".

De esta manera al destacar la presencia especialmente repulsiva del mezquino y del chismoso "novelero" en el mundo de los muertos estoy destacando el valor central del compartir comidas y palabras de un tipo determinado en el mundo de los vivos. Sin embargo no todo es consenso y la figura del "fiestero" en la Gloria o en el Infierno nos permitirá decir algo acerca del cambio. La contradicción en torno a la ubicación del fiestero, de la música, del baile y del alcohol, sin duda se conecta con el conflicto moral realmente operativo en las aldeas en torno al sentido y los perfiles de la fiesta.

En la zona chorti están chocando dos modelos. Uno que entiende la música, el baile y el consumo de alcohol como algo esencialmente bueno y saludable, que aprecia la exposición de los sentidos en su punto álgido. Son necesarios engrasantes sociales. La fiesta con música, alcohol y baile indica que el bienestar del cuerpo está relacionado, podríamos decir, con el bienestar y el disfrute del ánimo. El otro modelo,

por el contrario, va en contra de ese tipo de fiesta donde corre la chicha y los bailes se prolongan hasta la madrugada y se aducen razones en un sentido muy parecido: si lo que se pretende con la fiesta es conjuntar familias y comunidad ese tipo de fiestas "alegres" consiguen todo lo contrario: los fiesteros se emborrachan y pelean entre sí, el dinero necesario para la armonía y el sustento familiar se dilapida en una noche y se convierte en el germen de conflictos en la casa. En otras palabras el alcohol y el baile, lejos de conjuntar, rompen. En realidad suceden ambas cosas: hay fiestas que terminan con abrazos y lloros de emoción entre borrachos, contentos y agradecidos de encontrarse así hermanados y también hay fiestas que terminan a machetazos. El énfasis por destacar en los discursos uno u otro lado de la fiesta depende de recursos sobre el olvido y la memoria, depende de las diferentes fuentes de inspiración de los discursos.

Las fuentes de inspiración para defender uno u otro modelo son distintas. En la zona chorti' se distinguen comunidades o agrupaciones dentro de éstas, incluso personas dentro de ellas, que se inspiran para dar sentido a sus acciones fundamentalmente (y en concreto para dar un sentido a la fiesta) en ecos de voces que vienen del pasado, en eso que se ha llamado tradición oral. En estas comunidades, por ejemplo, se recurre a rezadores o rosarieros que son llamados "del otro siglo". Consideran que éstos son mejores y que su competencia se basa en su memoria, en que rezan "a puro memorial", lo que sugiere que pueden rezar oraciones más antiguas ("los alabaditos de antes"). También se valora la rapidez del rezo, el temple de la voz y la capacidad para rezar "elevadito", es decir, rezar cantando para así motivar a los que participan en la oración a cantar más alto. Los rezadores nuevos, modernos, son "de libro"; rezan inspirándose en lo que dice el libro de oraciones, que leen mientras rezan. Para los aldeanos que confían en rezadores "del otro siglo", el rezar con libro es una señal de incompetencia; muchos se preguntan "¿qué pasaría si olvida el libro en su casa o lo pierde en el camino? ¿ya no podemos platicar con Dios?". Además, en los libros no aparecen las introducciones, la presentación del rezo y su motivo y si se hacen son genéricas. Por el contrario, las comunidades que prefieren este tipo de rezadores consideran un valor que la palabra se vea, que esté ahí y que no pueda ser inventada; las palabras asentadas en el libro evitan las contingencias consideradas caprichosas del otro tipo de rezadores. Además, están las imágenes que en muchos casos ilustran los libros de oraciones y que le dan un valor añadido; la imagen corrobora la veracidad de lo que se dice, elimina atisbos de duda. Es llamativo que en las comunidades más proclives a los rezadores de libro se dé un intenso gusto por acaparar imágenes de todo tipo, de periódicos, de revistas y sobre todo imágenes sagradas que se compran en puestos callejeros de la cabecera municipal o en Esquipulas. Imágenes del Sagrado Corazón, de la Última Cena o de cualquier Santo. Hay una especialmente

atrayente que refleja el juicio y la separación de las ánimas. La imagen tiene la siguiente leyenda: "Carga ¡oh mortal! La cruz del sacrificio, sígueme en el camino de la gracia, que yo conduzco al cielo a aquel que el vicio juró odiar y evitar con fe y constancia. Mas el que por sendero ancho camina e infeliz e insensato en su ignorancia gozar sin trabas piensa y determina, pagará en el Infierno tal audacia".

Que los relatos acerca de Gloria como lugar de fiesta, alcohol, música y baile procedan, básicamente, de una de las comunidades donde más rezadores "del otro siglo" hay, Tunucó Arriba, corrobora la sugestión que estoy defendiendo. Lo que afirmo, en todo caso, sería pertinente para entender el papel del "fiestero", pero no quiero decir que, el extenderse el uso del libro de oraciones y el tipo de rezadores que trabajan con él, se vayan a provocar efectos seguros en el mundo de los muertos no cambia y sigue conduciéndose según ecos que vienen de la memoria. Por ejemplo: el libro también dice (y los predicadores y nuevos catequistas) que determinadas donaciones en forma de comida son ejemplo de maneras de ser supersticiosas, mostrencas, como aquellas ofrendas alimenticias que se hacen a la Tierra o a los Hombres Trabajadores (los ángeles) y aunque lo dice, estas prácticas continúan con poca alteración. En un mismo contexto sucede que a veces las palabras escritas tienen la fuerza de hacer reales los mundos, pero en otros casos las palabras venidas de la memoria son las que poseen la fuerza constructora.

En el mundo de los muertos chorti' resuenan voces llegadas de un tiempo remoto ("del otro siglo") y voces que se saben más modernas y que proceden de los libros. Voces de diferente intensidad y de distinto aprecio; voces que se asumen o se desprecian no sólo por las cualidades intrínsecas de las mismas sino también por la diferencial configuración de los oídos que acuden a recogerlas. A veces las palabras que se escuchan en aquel mundo rompen y cambian estructuras auditivas, lo que implica que en el viaje de vuelta los muertos puedan llegar con discursos novedosos, pero otras veces los oídos, acostumbrados a otras resonancias, se hacen sordos y las palabras que se escuchan no logran violentarlos ni, por tanto, alterar discursos preexistentes. Los chorti' que "mueren tres días" y trajinan en sus viajes de ida y vuelta con palabras, dan pistas sobre por qué determinadas palabras consiguen dar sentidos nuevos al mundo y otras apenas logran alterarlo.